

## LA MÁS MARAVILLOSA EXPERIENCIA DE MI VIDA

José Mauricio Tobar Rodríguez

Toda mi vida había escuchado hablar de Japón: las películas infantiles, los calendarios, el sushi, el Emperador y todas las historias sobre su brillante vida; sin embargo, por la distancia nunca se me cruzó por la mente que iba a tener la oportunidad de conocer este maravilloso país.



Mi aventura inició en un vuelo de dos horas y media de la Línea Aérea TACA de San Salvador a Miami, Florida; al día siguiente tomé otro vuelo de 5 horas de American Airlines de Miami hacia San Francisco, California y de ahí el vuelo tantos años esperado, deseado y querido: abordé un vuelo de 12 horas de Japan Airlines hacia el paraíso. Llegué a las 2 de la mañana, (hora de Japón), del día siguiente; en mi horario corporal eran las 11 de la mañana del día anterior, un verdadero descalabro horario, pero a quien le importa eso.

La delegación estaba conformada por 25 personas provenientes de 11 países de Latinoamérica que trabajábamos en el área de las relaciones públicas en algún proyecto patrocinado por el Gobierno Japonés; el escándalo que nos caracteriza a los latinoamericanos se hizo sentir en todos los lugares donde estábamos, llegando incluso a sacar alguna sonrisa a más de un transeúnte que asombrado veía la alegría que desbordábamos en una sociedad tan rígida y seria como es la de Japón.

Desde que abordamos el autobús que nos llevaba hacia el Centro JICA hasta que regresé al aeropuerto de vuelta a mi país, fue un sueño hecho realidad. La aventura que estaba por iniciar iba a incluir tomar el shinkansen de Tokio hacia Kioto, ver el monte Fuji (solo visto en calendarios) apreciar los Templos más bellos que la imaginación puede ofrecer, estar inmerso en ese enredo de trenes hacia Shibuya y saborear esa succulenta comida, que solo recordarla, se me hace agua la boca y sushi, sushi, sushi y más sushi.



Una vez en un tren repleto de gente se subió una Señora ya mayor. No había asientos disponibles y yo inmediatamente me levanté para ofrecerle mi asiento. La señora con mucho desconcierto me dijo que no: “no, no, no, no”; no aceptó mi silla, pero alcancé a ver en su mirada que mi gesto la hizo sentir bien.

En otra oportunidad en una estación de trenes pasamos por una cafetería que ofrecía unos succulentos panecillos típicos; todos compramos una variedad y en medio de aquella marea humana que entra o sale de un tren nos cubrimos bajo una columna de la estación y ahí en el suelo, nos sentamos a saborear tan deliciosos bocadillos; nuevamente volvieron las sonrisas y el asombro de aquel pueblo tan correcto y educado frente a una banda latina que no hacíamos más que disfrutar de un platillo japonés.



Podría escribir un libro entero de mi experiencia en ese país, pero el espacio que tengo es limitado; solo puedo decir: GRACIAS JAPÓN por invitarme a su gran país; y así como dice la letra de su himno nacional:

Kimigayo wa,  
Chiyo ni  
Yachiyo ni  
Sazare ishi no  
Iwao to narite  
Koke no musu made

Que esa misma fuerza que entrelaza la roca con el musgo; sea la fuerza que nos una a esa gran nación asiática con toda la América Latina